

El primer centenario del Gran Hotel Ancira

□ Armando V. Flores Salazar



Imagen: Estrella Esquivel

La llegada del ferrocarril a Monterrey, en 1882, será el inicio de una transformación permanente en el paisaje urbano, pues dicho suceso establecerá mejor comunicación con otras ciudades tanto nacionales como extranjeras, facilitará el intercambio de servicios, productos, modos de vivir e ideas. Con ello también se aceleró la transformación de los talleres artesanales en fábricas industriales, el comercio de mercancías del menudeo al mayoreo, la importación y exportación de todo tipo de mercancías, el cambio de las operaciones de dinero de casas comerciales a instituciones bancarias, la ampliación notoria de fuentes de trabajo y la aparición de nuevas tipologías de edificios en la ciudad.

El notable fenómeno de la industria y el comercio en la entidad congregó a la gente de la región con extranjeros procedentes de España, Irlanda, Inglaterra, Italia, Alemania y Francia, entre otros, quienes llegaron a esta región como representantes de casas comerciales para establecer sucursales, o por iniciativa propia para probar fortuna en una ciudad llena de augurios y promesas. En paralelo, la metrópoli se fue equipando con servicios para ampliar la comodidad



Imagen: Estrella Esquivel

de sus usuarios: bancos, consulados, teatros, casinos, albercas, tranvías, hospitales, entre otros.

Este auge urbano se corresponde con el periodo del general Bernardo Reyes, como gobernador de Nuevo León, y con el general Porfirio Díaz, como presidente de la república, mismos que promovieron la materialización económica en edificaciones con notorio sello afrancesado. En la región, este periodo marca el inicio de la arquitectura de lenguaje academicista y el cambio de tecnologías constructivas, con base en adobes y sillares por ladrillos y canteras. La ciudad comienza a vestirse con destacados edificios y monumentos de cantera como el Palacio de Gobierno estatal, el Banco Mercantil, los almacenes La Reinera y el comercio de José Calderón, la portada y varias capillas funerarias del Panteón de Nuestra Señora del Carmen y el Arco de la Independencia, entre otros.

El panorama hotelero a principios del siglo XX en Monterrey no tuvo una expresión arquitectónica propia que lo distinguiera como tal, la presencia de hoteles en la ciudad podía advertirse sólo por los anuncios de sus nombres pintados en el friso de los segundos o terceros pisos de edificios en el centro de la ciudad, los cuales, generalmente,

fueron adaptados para ello y alojaban en las plantas bajas a casas comerciales de diversos giros.

Los antecedentes inmediatos de este tipo de edificaciones fueron los mesones, las posadas, las casas de huéspedes y las hosterías que operaron en viejas casonas ya existentes o, si se construyeron especialmente para tal función, se hizo en remedo de esas mismas, tratando de darle continuidad al ambiente familiar que las venía caracterizando, es decir, una amplia y cómoda recepción, patios ajardinados y servicios de lavandería, planchado y alimentación.

El año de 1909 tiene varias distinciones, destacan tres en la memoria colectiva: la gran inundación del mes de agosto por el desbordamiento del río Santa Catarina, que cobró la vida de más de cuatro mil habitantes y arrasó con 183 hectáreas construidas,¹ la separación definitiva del cargo de gobernador del general Reyes en el mes de octubre² y el inicio, en el mismo mes, de la construcción del Gran Hotel Monterrey,³ prototipo de los hoteles de lujo en México.

El promotor del proyecto fue el licenciado Fernando Ancira Sánchez (1877-1921), nacido en Saltillo y vecindado en Monterrey a partir de 1908. Realizó los estudios de

abogacía en París, y a partir de 1904 ocupó el cargo de segundo secretario en la Embajada de México en Bruselas, Bélgica. Al regresar a su tierra natal decide, como mejor opción, instalarse en Monterrey para desempeñarse como empresario y, dadas las características de desarrollo que estaba viviendo la ciudad, detecta de inmediato la necesidad de un hotel tipo europeo que satisficiera la comodidad y el confort que requería la vida social urbana y de cierto sector de empresarios que con motivo de negocios visitaban recurrentemente la ciudad.

La ciudad luce renovada por la reciente pavimentación con ladrillos de barro rojo, aparejados de canto, y las numerosas construcciones realizadas en las últimas dos décadas, todo habitado por el mismo espíritu del tiempo, impulsado por el lema porfirista de "Unión y progreso", y la franca invitación de continuarlo que seguía vigente.

Lo primero que hace es comprar, en mayo de 1909, la propiedad que el albacea Pedro Lambretón había adquirido años atrás de la familia Quirós Gutiérrez, un predio de media manzana frente al Hotel San Fernando (hoy Colonial), en contraesquina del convento de franciscanos al sur (hoy Círculo Mercantil Mutualista) y la Plaza de Hidalgo al nororiente; circundado en sus tres caras con catorce habitaciones tributarias, al norte por la calle de Hidalgo, al oriente por la calle del Teatro (hoy Escobedo) y al sur por la calle de San Francisco (hoy Ocampo).

Las relaciones personales y comerciales, producto de su estancia en Francia y Bélgica, llevan al licenciado Ancira a contactarse con los arquitectos franceses Charles Sarazin y Henri Sauvage, especialistas en diseño y construcción de hoteles, a través de sus primos Etienne y Elizabeth Lamaistre, productores y exportadores de café y aguardiente, radicados en Orizaba, Veracruz, a quienes había prestado servicios profesionales en esa región.

Para encargarse del proyecto y la ejecución de la obra del "Palace Hotel", los arquitectos montan una sucursal de su agencia Sauvage et Sarazin en Monterrey, de 1909 a 1912.

La construcción comienza a mediados de octubre, luego de aprobado el trámite de la exención de impuestos que el

gobierno estatal ofrecía a inversiones importantes y de su ratificación por parte del H. Congreso del Estado, misma que quedó fechada el 8 de octubre de 1909. Ante el mismo Congreso, el general Reyes solicita, el 23 de octubre, su separación definitiva de su cargo de gobernador.

La cimentación del edificio la realiza personal del ejército bajo el mandato del ingeniero militar Victoriano Huerta,⁴ por ser el presupuesto más bajo que para ello fue presentado ante los contratistas. Concluidos los sólidos cimientos, se comenzó el desplante de los muros, y para marzo de 1910 habían quedado concluidos el sótano y el primer nivel, y se continuaba con la labor hasta completar cuatro de las cinco plantas planeadas en el proyecto original para convertirlo en el edificio con más pisos construidos en la ciudad, hasta ese momento.

Se desplantó todo el imafrente con cantera procedente de Los Ramones, Nuevo León, los muros interiores con ladrillos de fábricas locales, al igual que su estructura metálica y los entrepisos con el sistema de bóveda catalana. A pesar de estarse viviendo el periodo revolucionario, para la primavera de 1912 ya se trabajaba en el amueblado y la decoración de las distintas partes que lo componen en sus primeros pisos –todo exportado de Europa–, y en festiva ceremonia con distinguidos invitados y la presencia del licenciado Viviano Villarreal, gobernador constitucional del estado, se inauguró y puso en servicio el 26 de julio de ese mismo año con el nombre de Gran Hotel Monterrey.

El edificio se organizó alrededor de un patio central cubierto con plafond de cristales emplomados, procedente también de París. En el primer piso, y en contraesquina de la Plaza Hidalgo, se encuentra el acceso peatonal al Gran Hotel, también se encuentran el gran vestíbulo bajo el plafond acristalado, el Comedor Mexicano, el Salón Francés, el Bar 1900, las oficinas de servicio a huéspedes, cocheras y 23 habitaciones para huéspedes. En los siguientes tres pisos hay 40 habitaciones más, todas equipadas con iluminación y abanicos eléctricos y la gran mayoría con servicios sanitarios privados. Desde el principio, y por más de 50 años, se volvió tradición que los huéspedes fueran transportados

de las estaciones de ferrocarril al hotel –y viceversa– en carruajes tirados por caballos.

El lenguaje estilístico dominante en el edificio es el *beaux arts*, en su parte más evolucionada, es decir, la afectada por el racionalismo. Por ello, el predominio de los paños lisos en entrecalles y la presencia escasa de adornos como guirnaldas, coronas, festones, cornisamentos y atributos. Como contraste, y distinguiéndose, una máscara femenina circundada de abundantes festones y una cartela con la fecha de 1912 conforman el monumental remate semicilíndrico del edificio.

El costo de la obra alcanzó el medio millón de pesos, de los cuales 400 mil procedieron de préstamos bancarios, por lo cual la obra nació hipotecada, y el resto del propio licenciado Ancira y de miembros de su familia. Cuantiosa suma, si consideramos que en ese tiempo el capital social de empresas bancarias como el Banco Mercantil de Monterrey era de una cifra semejante.

La vida tranquila del hotel se suspende cuando los revolucionarios de la División del Norte, con Pancho Villa a la cabeza, llegan a Monterrey en marzo de 1914 y toman el Gran Hotel Monterrey como su sede de operaciones, y su estancia se prolongó durante dos meses. A partir de esto el resto de la década quedará marcada como tiempo difícil y lleno de vicisitudes. Las dificultades se sortearon con estoicismo y esperanza, ya que *El libro azul de México*, publicado en 1920 por la Compañía Editorial Panamericana, nos dice que, en materia de hoteles, el más importante y glamoroso de toda la república mexicana es el Gran Hotel Monterrey, equipado con 96 cuartos con baño particular y ocho apartamentos con sala, recámara, comedor y baño; con agua caliente a toda hora del día y de la noche, teléfono en cada habitación, excelente servicio de restaurante a la carta en el comedor principal o en los varios particulares, *roof garden*, salones de té y elevador eléctrico. Los malos tiempos serán afrontados y superados en varias ocasiones con la firme idea de no ceder hasta ver concluido el proyecto.

Fernando Ancira murió, en un accidente taurino el 2 de febrero de 1921, a la edad de 43 años, de los cuales, los

últimos trece, los vividos en Monterrey, los dedicó a sus negocios, a la diputación en el Congreso de la Unión en el periodo huertista y a la administración del Gran Hotel. Sus múltiples ocupaciones y las vicisitudes de los tiempos revolucionarios no le permitieron concluir el proyecto a plenitud, ni siquiera salvarlo de la hipoteca que aún gravitaba amenazante sobre el inmueble. Es a raíz de su muerte que la familia continúa con la administración del edificio y cambia el nombre original por el de Gran Hotel Ancira, como un tributo a su memoria.

El empresario capitalino José Torralladona, previa plática con el empresario regiomontano Ángel Cueva, quien luego será su asociado, compra la hipoteca y adquiere en propiedad el inmueble, conserva el nombre de Gran Hotel Ancira, y con la firme intención de llevar el proyecto original un tanto inconcluso a su máxima expresión.

Con la administración del señor Cueva se amplían sus instalaciones, y para 1940 se agregarán 70 habitaciones y varias *suites de lujo*, todas con servicio telefónico. En los años cincuenta se le encarga al arquitecto Arturo Pani⁵ una primera etapa de "modernización", sobre todo del primer nivel, remodelando el vestíbulo general, comedores, bar, locales comerciales, escaleras, ascensores, alberca, oficinas de gerencia y recepción. En los años setenta se habilita la segunda etapa de intervención, se remodelan todas las habitaciones y se agrega un nuevo piso de suites ejecutivas, entre éstas la suite presidencial con *solarium*, se equipa todo el edificio con aire acondicionado y se adecua el *motor lobby*. En esta intervención fue necesario fortalecer la cimentación original y la estructura portante, sin suspenderse en ningún momento los servicios y la comodidad de los huéspedes. El proyecto original ha sido rebasado con el paso del tiempo en áreas y niveles, sin menoscabo de la calidad constructiva y la fidelidad estilística original.

Al hospedarse involuntariamente, en marzo de 1913, los militares revolucionarios Pancho Villa y Felipe Ángeles se convirtieron en los primeros huéspedes distinguidos de la institución, iniciando con ello una lista numerosa y sorprendente que se ha ido acrecentando en el tiempo. En



Imagen: Estrella Esquivel

circunstancias muy diferentes harán también uso de sus memorables estancias: María Félix, Agustín Lara, Adolfo López Mateos, Luis Echeverría Álvarez, Octavio Paz, Francisco Gabilondo Soler "Cri-Cri", Fernando de la Mora, Rufino Tamayo, Rodolfo Neri Vela, Enrique de la Mora y Leonora Carrington, como parte de los connacionales, y entre los internacionales destacan Alberto II, Rey de Bélgica; Lyndon B. Johnson, Lech Walesa, Luciano Pavarotti, David Copperfield, Mario Vargas Llosa, Marcel Marceau, Hugo Chávez y Gabriel García Márquez, entre muchos más.

En el diario de huéspedes distinguidos quedan documentados los testimonios y reconocimiento a la alta calidad de las instalaciones y el servicio que con gran celo ofrecen el personal y las instalaciones del Gran Hotel a sus huéspedes. En paralelo, la empresa ha recibido también reconocimientos institucionales: de la American Automobile Association, premios President Award de Radisson Internacional y el Premio Nuevo León a la Calidad, entre muchos otros.

Al cumplirse el primer centenario de iniciada la construcción del edificio más emblemático de la hotelería nacional, la familia Torrallardona sigue siendo la propietaria del inmueble, aunque concesionada, desde 1986, la

administración del mismo a la cadena Intercontinental, y a partir de 1991 a la cadena Radisson, y ostenta desde entonces el nombre de Radisson Plaza Gran Hotel Ancira.

Celebremos el primer centenario de un edificio en su cualidad de documento histórico, cuya presencia testimonia también la vida y los acontecimientos de la ciudad y de sus habitantes, tanto los permanentes como los de paso, y confiemos en que al haber sido declarado "Monumento artístico y patrimonio cultural de la nación" por el Instituto Nacional de Bellas Artes y por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, garantice su presencia, su integridad, su cuidado y con ello esperar otras celebraciones centenarias en el futuro. Después de todo, el hombre es un creador de objetos en los cuales transfiere su modo de ser, de sentir y de pensar, en el secreto e íntimo deseo de la trascendencia.

La cultura humana, en todo tiempo y lugar, se documenta en los objetos materiales que el hombre produce, de entre los cuales sobresalen los arquitectónicos.

Referencias

1. Humberto Buentello Chapa. *La inundación de 1909, sus aspectos trágico y político*. Ed. "Alfonso Reyes", Monterrey, 1970. pp. 39-40.
2. Alfonso Reyes recuerda ambos acontecimientos diciéndonos al res-

pecto: "Yo estaba en México cuando sobrevino la de fines de agosto, en 1909. Volví algo después a Monterrey, para despedirme de mis padres que salían rumbo a Europa. Vi las huellas de la catástrofe en la huerta. Los árboles que crecieron conmigo, desaparecidos, y el enorme manto de arena centellando sobre las tierras arrasadas. El río se había tragado la mitad de mi casa". Obras Completas de Alfonso Reyes, FCE, tomo XXIV, p. 581.

- 3 El inmueble es llamado desde su origen "Gran Hotel Monterrey", denominación que conserva hasta 1922, cuando cambia por el de "Gran Hotel Ancira" a la memoria de su fundador. Informalmente también hay algunas referencias de éste como "Palace Hotel".
- 4 La presencia del ingeniero Victoriano Huerta en la ciudad fue para

atender a la invitación que le hiciera el general Bernardo Reyes para el apoyo de su programa de obra pública, como la introducción de los servicios de agua y drenaje entubados que se sucedieron de 1906 a 1909.

- 5 El arquitecto Arturo Pani, amigo personal de Arturo Torralardona y primo del arquitecto Mario Pani, asesor en el proyecto del Condominio Acero, también se encargó, a partir de 1957, de la remodelación y "modernización" del Casino de Monterrey, intervención que alteró la personalidad original del edificio concluido en 1922 como obra póstuma del arquitecto de origen inglés Alfred Giles. Posteriormente el Casino regresó a su personalidad original en 1986, en paralelo con las obras de la Gran Plaza



Imagen: Estrella Esquivel